

ESPEJOS

Marco Antonio Toriz Sosa

“Me gustan los espejos porque esconden algo”, solía decir. Repetía esta frase cuando estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Era su manera de pedirme que no me detuviera. La complacía. Al final se arqueaba, alcanzando el clímax, y se miraba en el reflejo del techo.

A Eduardo Oyervides, Felipe Ramírez,
Iván Pérez
y al resto de la generación Aldomi

Estás solo y no hay nadie en el espejo
“Un sábado”
JORGE LUIS BORGES

Conocí a Luz como a todas las mujeres con las que traté durante ese tiempo. Yo pasaba por una época difícil. No me interesaban las relaciones serias. Me importaba, sin más, el dinero que obtenía siendo el dueño de una pequeña empresa.

Entre la gama de putas que se ofrecen a lo largo de Tlalpan, ella me atrajo. Me gustó el quiebre de sus labios cuando sonreía. Era como ver a una mariposa con el ala a punto de quebrarse. Luz tenía una cicatriz en el lado izquierdo del labio superior. Nos miramos. Se acercó al auto y, sin esperar a la negociación, se trepó. Aceleré. Miré al resto de las mujeres que se congregaban a lo largo de la calzada por el retrovisor. Decirle que no a

las putas es como negarle el robo al asaltante. Luz era diferente, no aceptaba un “no” por respuesta.

En el camino concretamos el asunto y ella escogió el hotel. Me indicó cómo llegar. Era un edificio de seis pisos con un inservible letrero de neón, detrás de un Mc Donald's sobre la calzada. Jamás habría sospechado que el hotel estaba allí. Pagué en la recepción. Subimos. Lo que me sorprendió del cuarto era su amplitud y, sobre todo, la cantidad exorbitante de espejos que cubrían las paredes y el techo. “Me gusta verme cuando cojo”, explicó; luego comenzó a desnudarse.

Me quité el saco y aflojé la corbata. Poco a poco Luz me fue quitando el resto de la ropa mientras sus labios no paraban de besarme. “Creía que las putas no besaban”, dije. Luz fingió no haberme escuchado. Tenía los labios suaves y besaba bien, con detenimiento y, a riesgo de sonar paradójico, sin parar. Besaba con los ojos abiertos para mirarse de reojo en los espejos.

Me desnudó por completo. Ella sólo se quedó con el top.

No era una mujer de senos voluptuosos ni caderas amplias; vista de lejos parecía una niña de unos quince años. Eso me excitaba y, de igual manera, me asustaba. La miré. Me ofrecía su sexo húmedo. La penetré con fuerza. Tuvimos un orgasmo al mismo tiempo. Supe que había encontrado a *mi* mujer.

En las noches siguientes en que fui a buscarla, ella subía al auto como si me conociera de toda la vida. Ninguna otra mujer se acercaba. Delimitaba bien su territorio. Luz cuidaba a cada cliente al punto de celarlo. Me gustaba su seguridad; también sus ojos, que eran negros en su totalidad; me excitaba verlos aferrados al espejo, en la imagen de su cuerpo retozando sobre el mío. Producía en mí un placer que nunca había sentido. Creí estar enamorado. Se lo dije.

—No puedes vivir enamorado de una puta, Manuel. Ninguna dejaría el negocio por ti —respondió después de confesarle que no buscaba una relación seria, pero que con ella la pasaba bien—. Me gustó su respuesta, era sincera. Después dijo que le agradaba estar conmigo. Me besó con los ojos abiertos. Cogimos hasta que el recepcionista llamó a la puerta argumentando que el tiempo había expirado. Esa noche quise pagarle el doble. Ella no accedió.

“Me gustan los espejos porque esconden algo”, solía decir. Repetía esta frase cuando estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Era su manera de pedirme que no me detuviera. La complacía. Al final se arqueaba, alcanzando el clímax, y se miraba en el reflejo del techo. Yo miraba con detenimiento la imagen de sus ojos que el espejo me ofrecía. El orgasmo de Luz era especial. Yo me sentía satisfecho ofreciéndole mi entrega. Yo no era

su único cliente, era sólo el más constante.

Jamás le pregunté por su vida. Fue una forma de brindarle la privacidad que a la hora del sexo no existía. Ella solía contar fragmentos aislados de su pasado mientras volvía a vestirse, mirando su imagen en el espejo más cercano como si se lo contara a ella misma. Había terminado en el negocio de la prostitución después de enamorarse de un malviviente de la colonia Portales llamado Fermín, quien la sacó de su casa prometiéndole matrimonio. Tenía sólo veinte años. Antes de eso fue estudiante de Letras. Leía con apego y le interesaba cultivarse. No volvió a separar las páginas de un libro; en cambio, sus piernas se abrían con frecuencia. Vivía en un pequeño departamento de la Obrera. Cuando Fermín murió en un accidente, ella tuvo que seguir en el negocio porque no sabía hacer nada más. Jamás probó las drogas. Nunca la vi llorar. Me reveló su edad: tenía veinticinco, en un par de meses cumpliría veintiséis. Así era Luz: contaba las cosas como si no fuera ella la protagonista. Luego ponía sus brazos alrededor de mi cuello y se despedía de mí con un largo beso.

Me contó una noche que su madre le había enseñado el arte de la quiromancia. Se sentó y me tomó la mano izquierda. “La mano del destino”, mencionó. También dijo, después de mirar con detenimiento la palma y acariciar los varios montes y las falanges, que, al igual que ella, moriría joven. Me mostró su mano, señalándome la línea de la vida. Luego comparó. Ambas tenían una línea corta; sin embargo, las líneas del amor y de la sabiduría eran extensas. “La ventaja de la sabiduría es la trascendencia”, repitió un par de veces. “No mueres por completo, hay una parte de ti que se queda en los demás”.

Me sorprendían sus palabras. La forma en que decía las cosas causaba cierto impacto en quien las recibía. Era directa y no temía a la reacción del otro.

La confianza entre ambos creció al punto en que me confió uno de sus sueños. Un sueño repetitivo en el que ella corría por un largo

Me gustaba verme en el espejo. Desde que Luz decía que “tenían algo” comencé a creerlo. Mi abuela contaba que detrás de cada espejo había otra realidad. Un cuento para niños que entendí siendo adulto. Era eso: Luz quería escapar a otra realidad. Otra vida, quizá. Eso significaba su sueño. Pensé en decírselo en cuanto la viera.

pasillo sin tocar el suelo. Flotaba. Al final del pasillo había un espejo enorme. Ella corría (o flotaba) tan rápido que chocaba contra él y lo atravesaba. Cuando abría los ojos se encontraba a sí misma en un lugar oscuro. Podía ver su reflejo detrás del espejo. Lucía triste. Me confió su sueño porque buscaba una interpretación. Yo no sabía qué decirle. A pesar de dejarme sin palabras, Luz interpretaba mi mirada y, según ella, con eso le bastaba. “Tú no me dices que es-

toy loca”, solía decir. Y me besaba.

Me gustaba verme en el espejo. Desde que Luz decía que “tenían algo” comencé a creerlo. Mi abuela contaba que detrás de cada espejo había otra realidad. Un cuento para niños que entendí siendo adulto. Era eso: Luz quería escapar a otra realidad. Otra vida, quizá. Eso significaba su sueño. Pensé en decírselo en cuanto la viera. Tenía que ser en ese instante. No sabía si ella conocía también la historia de las otras realidades y por eso le atraían tanto los espejos. Desconocía cuáles eran sus intenciones.

Esa noche fui por ella.

Encontré a Luz en donde siempre. Lucía un poco confundida entre el tumulto de prostitutas que la rodeaban. Toqué el claxon y volteó a mirarme. Sonrió un poco y noté su cicatriz, más que en otras ocasiones. Subió al auto y en todo el camino no dijo nada salvo para pedirme que fuéramos a otro *lugar* distinto. Me extrañó, pero accedí. La llevé al hotel al que pensaba ir con ella la primera vez, cuando la conocí. Pagué y subimos al cuarto.

La habitación era pequeña y tenía una cómoda con un espejo redondo. Luz se acercó a la cama y la destendió. Tomó una sábana, cubrió el espejo y parte de la cómoda. Hizo lo mismo con el que colgaba en el baño. Luego, sin decir nada, me indicó que me acercara. En cuanto estuve frente a ella me tomó del cuello de la camisa y me besó con tristeza. Me aparté y la miré con detenimiento. Sus ojos escondían el secreto de los espejos. No supe qué decir. Sólo nos acostamos en silencio. La abracé.

—Lo vi —dijo después de un rato—. Era Fermín. En el espejo...

Me quedé sin palabras. Sabía que decía la verdad. Su seguridad la delataba, a pesar de contener el llanto. Me contó que la noche anterior, al salir del hotel, después de estar conmigo sintió que alguien la



Julieta, hazte de una casa... parte I

seguía y apresuró el paso. Al llegar a su departamento se dio una ducha. Salió del baño y en el espejo de su puerta halló a Fermín. Ella se acercó y escuchó sus palabras. Fermín le contó que los espejos, en efecto, ocultaban algo más: una vida mejor. No describió mucho al hombre: era un tipo de barba cerrada y ojos rasgados. Dijo que se parecía a mí. Lo más importante de él era que en la cuenca del ojo izquierdo crecía un abismo. “Marcas del accidente”, dijo Luz. Luego calló. Estaba dispuesta a salir del cuarto. “No me has contado cómo fue el accidente”, le dije para que volviera a mi lado, aun sabiendo que no hablaría más de ello. Se

Salió del baño y en el espejo de su puerta halló a Fermín. Ella se acercó y escuchó sus palabras. Fermín le contó que los espejos, en efecto, ocultaban algo más: una vida mejor.

sentó al borde de la cama y me miró a los ojos; luego me explicó que la gente, al estar llena de envidia y pensar en su propio bienestar, sólo mira su imagen en los espejos. “No miran más allá”, dijo, y soltó una lágrima que limpió con premura. La cuidé. Pagué la noche completa en la recepción y me quedé con ella. No le pregunté más del accidente de Fermín. Le repetí que estaba enamorado de ella. Me tomó de las manos y dijo, con una mueca llena de terror: “Si me quieres de verdad, no rompas los espejos”. No supe qué contestarle. No hablamos más de nada. Nos quedamos así, acostados, hasta dormirnos.

Cuando desperté, Luz ya no estaba. No me extrañó. Miré hacia la cómoda y el espejo ya no estaba cubierto con la sábana. Me sentía agotado. Desde que conocía a Luz no había tenido una noche de descanso. Prometí darme una noche para mí. Me quedé en casa desde temprano y sólo salí para comprar comida. Después de comer, me acosté, dispuesto a dormir, no sin antes mirar hacia el espejo, esperando encontrar algo distinto, algo que revelara la otra dimensión de la que hablaba mi abuela, la otra dimensión que había obsesionado a Luz. No hallé nada contrario a lo que estaba acostumbrado a mirar. Sólo hallé la imagen de las paredes debido a mi posición con el espejo. Algo tendría que estar mal. Tomé el reloj despertador y lo lancé con fuerza. Vi cómo la imagen de las paredes se fragmentaba al golpe del reloj. “No rompas los espejos”, me había advertido Luz, y yo, como intentando separarme de ella, la desobedecí.

Pasó un tiempo antes de que buscara a Luz (o al menos pensara en ella). Decidí volver a verla cuando uní los trozos fragmentados del espejo roto aquella noche en que decidí no buscarla más. Era como armar un rompecabezas.

Luz tenía razón cuando dijo que no debía romper un espejo.

Cuando tuve todos los segmentos –o casi todos–, noté que faltaba una pieza larga, del tamaño de mi antebrazo. Por más que busqué aquel trozo, no lo hallé. Luego recordé la historia de Fermín. La historia que nunca conocí y la descripción que Luz me pudo dar de él aquella noche. Se parecía a mí. ¿En qué sentido? Me sentí impotente. Había caído en la locura, quizá. Luz era mi norte. Mi pérdida. Sentí rabia. Quería matarla. Borrarla para siempre de mi vida. La piel se me erizó en el momento. Todo cobró sentido. Anduve hacia el carro. Salí en busca de Luz.

Al llegar al sitio ella no estaba. Pregunté a un par de putas que me parecían conocidas. Las había visto platicando con Luz un par de veces en que fui por ella. Una de ellas me reconoció. Dijo que Luz se había ido hacía horas con un cliente nuevo que la frecuentaba diariamente desde que yo comencé a faltar. Le pregunté por el hombre y su descripción me dejó sin habla: “Es grande, tiene barba, le falta un ojo”. Luego me ofreció sus servicios. Ni siquiera le contesté. Pisé el acelerador con fuerza y me fui de allí. No pregunté su paradero. Sabía bien en dónde estaba.

Manejé hasta el hotel del Mc Donald's. En la recepción pregunté por Alma. Ese era el nombre que Luz solía dar en los hoteles. El recepcionista se mostró serio, como si hubiera visto una aparición. Me recriminó la pérdida de una llave, argumentando el precio de ésta. No supe a qué se refería. Intercambiamos unas cuantas palabras que me sonaron a nada. Después de aceptar un mísero soborno, me indicó la habitación en donde Luz (o Alma) pasaba la noche. Me dio

una copia de la llave. “Por si acaso”, dijo, y me miró con una mueca de extrañeza. Como si tratara de reconocerse.

Subí de par en par los escalones. El aire me faltaba.

Cuando por fin me hallé frente a la habitación no supe qué hacer. Golpeé la puerta, pero nada sucedió. Tomé, entonces, la llave que el recepcionista me había ofrecido y abrí.

Penumbras. Bajo los pies crujían fragmentos de un espejo roto. Alargué el brazo y accioné el apagador. Me estremecí.

Manejé hasta el hotel del Mc Donald's. En la recepción pregunté por Alma. Ese era el nombre que Luz solía dar en los hoteles. El recepcionista se mostró serio, como si hubiera visto una aparición. Me recriminó la pérdida de una llave, argumentando el precio de ésta. No supe a qué se refería. Intercambiamos unas cuantas palabras que me sonaron a nada.

Sobre la cama se hallaba Luz. Parecía dormir dándome la espalda. Frente a ella, una ventana que se hallaba abierta. No había rastro de alguien más en la habitación. Éramos sólo ella y yo. Caminé hasta ella y la moví un poco. No respondió. Me costó darme cuenta. Luz estaba muerta.

Llamé a recepción. El recepcionista, después de subir a verificar la historia que le había contado, se encargó de llamar a una ambulancia. Me senté a un lado del cuerpo inmóvil de Luz. La miré. Miré su espalda y el perfil que me ofrecía, oculto. La puse bocarriba para mirar su rostro

una vez más. Yo la amaba. Ella lo sabía. Lloré mientras la abrazaba. Había roto mi promesa cuando lancé el reloj hacia el espejo. Yo maté a Luz.

Cuando la ambulancia procedió a retirar el cuerpo, ya me había calmado un poco. Me levanté a cerrar la ventana y, bajo ésta, hallé el fragmento que faltaba en el espejo de mi casa. El espejo de la última noche en que la vi. Tenía manchas en los bordes. Era sangre. Era el arma homicida. Por un momento pensé que el espejo que tenía entre manos succionaba la vida de Luz.

La otra vida. Otra realidad. Me parecía que el espejo se movía, como un gusano. Lo limpié, me miré. En la imagen reflejante de mi rostro que aquel me otorgó, descubrí que mi ojo izquierdo ya no estaba. Sólo un abismo. “Marcas del accidente”, pensé. **LPyH**

Marco Antonio Toriz Sosa estudia Lengua y Literatura Hispánicas en la UNAM. Fue becario del curso de Creación Literaria para Jóvenes (2015) de la FLM y la UV, y en 2017 ganó el segundo lugar de la revista *Punto de Partida* UNAM (cuento).